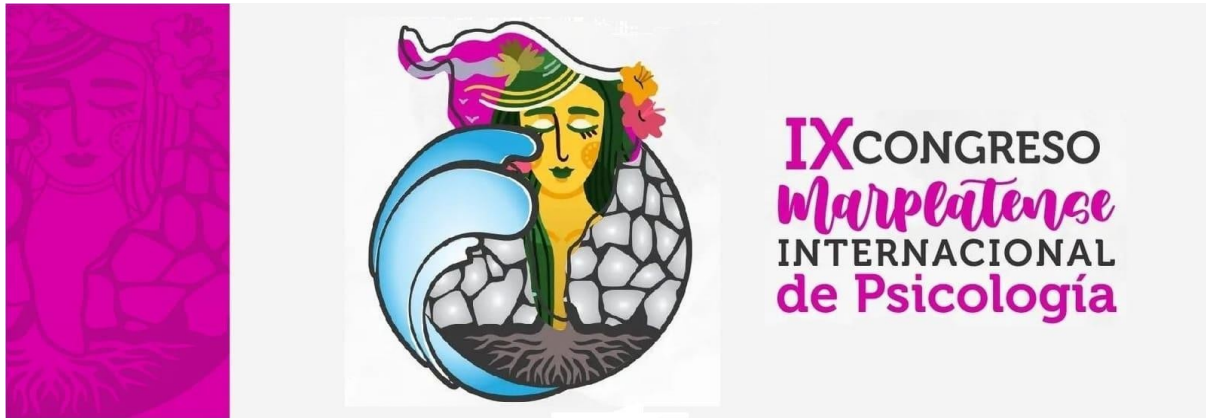




Título

La escritura cómo fundamento científico del psicoanálisis

Autorxs:

Fernando Miguel Irasola

Mails de contacto

f_irasola@hotmail.com

Institución y/o lugar de referencia:

Universidad Nacional de Mar del Plata

Resumen:

El trabajo abordará el posicionamiento epistémico que Lacan desarrollado durante la década del 60 donde explicita su posición antipositivista y antisustancialista, cuestionando términos que tradicionalmente fundamentan el conocimiento científico, conceptos como sujeto, objeto, verdad; e incluso la función del conocimiento como resultante de la aplicación de un método por parte de un sujeto cognoscente.

Luego de estos cuestionamientos surgen para el psicoanálisis algunas preguntas: ¿Qué estatus posibilitaría un saber que aspire a ser transmisible? ¿Qué parámetros específicos justifican el discurso psicoanalítico y cómo se explicitarían en la práctica analítica?

Durante el seminario 18 Lacan (1971) propone el concepto de escritura como aquello que permite nombrar un real mediante la producción de fórmulas a las que llama *matemas*. Estos *matemas* no se distancian demasiado de las fórmulas producto de la actividad científica y esto podría indicar una confluencia entre psicoanálisis y ciencia, a condición de despegar su justificación de condiciones positivas con pretensiones universales.

Lacan subvierte conceptos como verdad, razón, sustancia, e incluso el concepto de causa y sus implicancias metodológicas; impidiendo su deriva hacia condiciones ideales que solidifiquen en referencias absolutas.

Eje Temático:

Psicoanálisis: Teoría y práctica

Subtema:

Palabras claves:

Epistemología. Conocimiento científico. Transmisión. Verdad. Escritura

Trabajo (máximo 8 paginas- incluida bibliografía y gráficos)

Introducción

Nos preguntamos por los fundamentos epistémicos en psicoanálisis lacaniano ¿existen criterios que posibiliten su inclusión en el ámbito científico? ¿Cuál es el posicionamiento epistemológico de Lacan?

Durante la década del 60 Lacan desarrolla una crítica de aquellos términos que fundamentan el conocimiento científico. ¿Cómo impactan estos cuestionamientos en una disciplina que pretenda ser transmisible?

Se encuentra ampliamente difundido la analogía entre práctica clínica y la actividad artesanal (Reos, 2015) Pero esta analogía implica dificultades en cuanto a la transmisión en psicoanálisis que, si bien no queda inhabilitada si excluida del campo científico, ceñida a una especie de oficio de traspaso general de reglas de una labor,

que se especifica en el caso por caso, logrando el analista su experticia en la ejercitación de la técnica.

Tradicionalmente (Freud, 1919) se ha planteado un trípode para la formación del analista: la experimentación propia en el transcurso de un análisis personal, la guía de ciertos referentes elegidos en transferencia para la supervisión de casos y el estudio de la teoría. Este último ítem podría, quizás, diferenciar al psicoanálisis de un oficio artístico/práctico, dado que explicita la dimensión teórica, apelando a la estructuración de un saber que justifique la posibilidad de su transmisión.

Permanece, no obstante, la pregunta por el campo de justificación de una actividad que se sostenga sobre bases accesibles a quien pretenda acercarse a su discurso, ¿de qué se trata este discurso, que parámetros específicos lo caracterizan? La búsqueda de estos parámetros, podría contribuir a la coherencia interna para que su argumentación no se reduzca a la contingencia de lo particular, acumulada en una experiencia cuasi-inductiva que supone al conocimiento como el producto de una sumatoria de casos que enriquecen la experiencia analítica, al modo de horas de vuelo en la aeronavegación.

Durante el Seminario XV Lacan (1967/68) pregunta en que consiste el acto analítico y cuáles son las condiciones para que haya psicoanalista, se trata de un intento de conceptualizar una lógica del trayecto del análisis que se especificará en la elaboración de sus cuatro discursos.

Parece indispensable, entonces, la pata teórica, que se distingue fundamentalmente de las otras dos porque impide quedar librado a la intuición experta de un saber cuasi esotérico transmitido al interior de escuelas cada vez más aisladas del contexto y condiciones sociohistóricas y cada vez más lejanas entre ellas, por aquel viejo mecanismo de las pequeñas diferencias.

No quiere decir esto que el psicoanálisis deba inexorablemente amoldarse a reglas de juego de un cientificismo que no comparte o que incluso a veces es contrario a su lógica, pero si buscar su lugar. No abandonar el campo de disputa.

Lacan cuestiona todos los términos en que se fundamenta la lógica positivista, a la que juzga “insostenible, en todo caso a partir de la experiencia analítica” (1971, 8),

subvierte así, la concepción del sujeto, del objeto y de un método objetivo que pueda brindar acceso al conocimiento sobre una verdad.

La imposibilidad del sujeto

Lacan (1964) ubica el surgimiento del sujeto con la modernidad a partir de Descartes, dada la separación que el filósofo realiza entre el sujeto y el mundo. Pero este surgimiento es inmediatamente borrado por una ideología de supresión del sujeto, que lo reduce a una función consciente justificada en la prevalencia de un yo transparente a sí mismo.

Del yo pienso, habría que quedarse solo con el pienso, dice (1964, 43). Cuestiona entonces, el dualismo que individualiza al sujeto a partir de ciertos atributos que lo diferencian del resto de los entes, a los que fundamenta por su capacidad reflexiva. Capacidad que lo inviste, además, como criterio epistemológico de verdad; certeza necesaria para reconstruir luego, los saberes cuestionados en primera instancia.

Esta certeza; que echa mano de la conciencia para realizarse, es justamente aquello que provoca el borramiento del sujeto. Por eso el sujeto, al momento que surge por el discurso científico, como un correlato antinómico, desaparece. Al tiempo en que se solidifica en una existencia autónoma y hasta autárquica, como dos caras de una moneda, se borra de todo discurso dando lugar al inconsciente.

El sujeto se impone, por una parte, como verdad inmanente supuesta a priori de toda actividad cognoscente, por otra parte, se inaugura como tópico a conocer y adquiere, entonces, las mismas características que el resto del universo maquínico. Por una parte, es sustancia cognoscente, *res cogitans*, por otra parte, objeto de conocimiento, *res extensa*. Pero en ambas opciones el sujeto queda desaparecido del discurso científico, porque la axiomática particular que lo funda, la máquina cogitante, hace imposible otro tipo de entidad que no sea sustancial-concreta.

Lacan (1960) propone al sujeto como instancia antisustancial, ser de no-ente, dice. Un efecto del discurso que, al momento de aparecer, se cierra en un significado que no lo contiene completamente. Se trata de una limitación del lenguaje para acotar al sujeto, dada la imposibilidad de ofrecer una respuesta última sobre su ser.

En cambio, el sujeto del conocimiento es instituido como creación de un discurso de dominio y sus efectos imaginarios de prevalencia sobre un mundo natural que lo

preexiste solo a condición de producirlo, como una especie de fruto final que el mundo estaría destinado a engendrar para su culminación evolutiva: el homo sapiens. Lacan está en contra de cualquier forma ideal de progresión evolutiva, por la teleología que implica y por consistir, en definitiva, en la renegación de la falta.

El sujeto dividido por el saber inconsciente es máquina imperfecta que arruina cualquier categoría fundante del conocimiento, un continente desconocido que opaca las luminarias de la razón e inhabilita la estética transcendental kantiana que reduce al sujeto a su función cognoscitiva.

La imposibilidad del objeto

Lacan comienza su escrito Radiofonía (1970) recordando que el psicoanálisis se funda en un tratamiento particular del signo saussureano (426), donde destaca el corte que es la barra entre el significante y el significado. Al hacer de esta barra resistencia a la significación, no solamente independiza significante de significado y rompe así con la correspondencia univoca entre la formalidad simbólica del lenguaje y sus efectos imaginarios, sino que cuestiona los nexos con el referente, que, en tanto imposible de designar, queda del lado de lo real (Lacan, 1971, 11)

El significante no es expresión que nombra un real, sino al contrario, su presencia expulsa un real en tanto que imposible. A esta imposibilidad Lacan la llama goce, y allí aparecen sus referencias al objeto. No, por supuesto, como el objeto de una realidad que marcaría tendencia instintual, sino como expresión irreductible producto de una falta y causa del deseo.

El objeto, entonces, es inaccesible por prevalencia del lenguaje. Pero eso no hace al psicoanálisis un relativismo solipsista, dado que el lenguaje, si bien expulsa lo real, solo funciona por su presencia en tanto que falta, en torno a la cual se nuclea la producción significante y sus efectos de significado.

Lacan postula al *objeto a* como resultado de la insuficiencia del lenguaje para acotar el objeto de una mítica necesidad perdida de inicio. El objeto, entonces, no es del campo de lo posible, elemento de una realidad accesible al entendimiento para un observador externo y objetivo, sino que es del registro de lo imposible. El objeto no es condición de saber sino causa del deseo, es decir, causa de una causa.

La imposibilidad metodológica

El positivismo aspira a la correspondencia entre afirmaciones y hechos. Si bien el tipo de correspondencia varía en sus pretensiones, desde relaciones universales que suponen que la verdad es reflejo en los argumentos de hechos efectivamente existentes, hasta el acotamiento según campo de estudio indicado por el concepto de veracidad. Pero tanto la solución absolutista como la relativista se construyen a partir del discernimiento del nexo entre la causa y el efecto. Estos nexos, fundamento del método, son cuestionados por Lacan al abordar el concepto de causa como algo contrario a cualquier abstracción ideativa. Para Lacan la causa no corresponde a un orden de articulación lineal, causa y efecto no se encuentran en un mismo plano de determinación. La causa tendría algo fundamentalmente disímil y heteróclito con relación al efecto porque la incidencia de la causa se sustenta en lo excluido del significante.

Por eso decíamos que se trata de la causa de una causa. Lacan (1962/3) dice que “la certeza ligada al recurso de la causa primera, no es más que la sombra de esta certeza fundamental” (236) es decir que la sustancia aristotélica -la causa primera- sostendría su certeza en el objeto causa del deseo y sería una elaboración segunda que desconoce su origen: El concepto de causa primera es “metáfora de aquella causa primordial que es el a en cuanto anterior a toda fenomenología” (1962/3, 306)

Por lo tanto, la causa, a la vez que fundamenta al sujeto y los ideales a los que se identifica, es también lo más lejano a esas producciones significantes; exterior radical a todo juego de representación que intente localizar un sujeto. En este sentido, la palabra objeto no remite a ideales de objetividad sino a esta exterioridad que Lacan califica de objetal, para darle un peso sustancial que lo diferencie de la negatividad significante.

En el seminario XI, Lacan (1964) dice que el concepto de causa tiene algo de anticonceptual e indefinido, “algo que vacila en el intervalo. En suma, solo hay causa de lo que cojea” y en ese punto, está siempre el inconsciente (30) El inconsciente no es tratado en términos observacional/teórico al modo de una bolsa llena de gatos rabiosos, no se trata de una entidad objetiva, sino que es del orden de lo no-realizado. Una abertura que encuentra lo que inmediatamente desaparece.

Tampoco el inconsciente es un mensaje a descifrar que estuviera armado de antemano y que habilite la posibilidad de una hermenéutica para develar su verdad;

es un tropiezo, una falla, una fisura que sorprende, pero que está “siempre dispuesto a escabullirse de nuevo, instaurando así la dimensión de la perdida” La discontinuidad es la forma esencial en que se nos aparece el inconsciente (33) Lacan se resiste a hacer de esa discontinuidad “una suerte de doble del organismo donde residiría una falsa unidad” Lo que se halla no es sustancia sino deseo: “la hiancia del inconsciente es preontológica...no es ni ser ni no ser, es no realizado” (38)

Podríamos ubicar en estas reflexiones, el origen de lo que 7 años después va a conceptualizar con su aforismo de “no hay relación sexual” (Lacan, 1972/73) no hay complementariedad ni nexos causales que organicen orgánicamente un todo.

La imposibilidad imaginaria

La noción misma de conocimiento es también cuestionada por Lacan desde los inicios de su trabajo, en *El estadio del espejo* (1949), destaca que todo conocimiento del yo está basado en un desconocimiento esencial en tanto toma su modelo del campo especular.

En el Seminario 10 especifica que el conocimiento depende de la imagen especular del propio cuerpo que se extiende a toda clase de conocimiento. El objeto del conocimiento es construido, modelado, a imagen de esta relación con la imagen especular, y el yo se convierte, entonces, en una función de desconocimiento en tanto lo que cree conocer se funda en esa imagen que tomó del espejo, y que le sirve a su vez para proyectarse al afuera, descartando encontrar algo diferente de sí mismo: “lo que el sujeto encuentra en esa imagen alterada de su cuerpo es el paradigma de todas las formas del parecido que van a aplicar sobre el mundo de los objetos” (Lacan, 1960,769)

Podríamos diferenciar, entonces, conocimiento científico de ciencia, y no tratarlos como sinónimos. El conocimiento científico remitiría a la actividad de un sujeto cognoscente, la ciencia sería el producto de dicha actividad. Lacan valoriza el producto, pero interpela al sujeto del conocimiento como construcción que pone en juego ideales de progreso, ilustración y completud; discursos de apropiación de una verdad que pueda sostenerse “para todos”.

La imposibilidad simbólica

Tenemos, entonces, una crítica a todos los parámetros del positivismo, sobre todo al sujeto como instancia cognoscente que aborda la realidad desde una observación objetiva impersonal y de algún modo, omnisciente, de decir, carente de una perspectiva localizada y contextual

Lacan (1960) destaca que el sujeto científico está implicado, concernido en su división propia, cuándo investiga. Plantea que es necesario tomar en cuenta al sujeto que investiga, puesto que “es un sujeto él también” (755). Es decir que el sujeto está implicado y debe incluirse su subjetividad. Esta inclusión cuestiona la transposición acrítica del ideal de objetividad aséptica al campo de las ciencias humanas. Excluir al sujeto del proceso de investigación lo reduce a su función cognoscente, ocultando la división que lo funda como sujeto.

Es decir que la observación no es omnisciente ni neutra, sino que depende del marco teórico que le antecede y sitúa al observador en un contexto determinado por factores históricos, sociales, culturales, económicos e idiosincráticos. Hay, sin embargo, una diferencia con respecto al contextualismo científico llevado a adelante por autores como Kuhn, Lakatos o Feyerabend.

Para Lacan no solo se trata de incluir supuestos sesgos de un sujeto cognoscente determinados por su particular formación teórico/cultural, dado que la inclusión de un sujeto no supone subjetividad porque el sujeto es lo que resta de la subjetividad. No se trata de la construcción subjetiva que inevitablemente se inmiscuye en la teoría. No se trata de las ciencias del espíritu basadas en la comprensión de fenómenos no medibles. Porque esa comprensión supone un sujeto preexistente al tópico a conocer y ello retrocede hacia la concepción del sujeto como director del conocimiento.

El sujeto debe incluirse, pero no como fundamento sino como efecto. Efecto de una estructura. Para Lacan el sujeto es un efecto de esa estructura que es la estructura del lenguaje y que se especifica en el discurso. El sujeto no instrumenta el discurso a voluntad. Pero tampoco el discurso acota al sujeto en su totalidad. El sujeto es un efecto del discurso, pero un efecto no calculado. Volvemos a esa relación problemática entre la causa y el efecto que planteábamos más arriba.

La imposibilidad de la verdad

¿Es posible -luego de estos impedimentos- sostener saber sobre alguna verdad? Vemos la distancia con la ciencia positiva, donde la verdad consiste en “la existencia de un hecho real que se corresponde con una proposición verdadera” (Peirce, 1878). La verdad como un objeto público validado en la formalidad deductiva como condición necesaria para la comunicación científica que divide de este modo, fenómenos accesibles a la verdad de otros que no lo son por sus equívocidad, sesgos o cualquier ambigüedad conceptual. Lacan descarta esta posición al proponer que la verdad no es un fenómeno objetivo sino algo de carácter inasimilable para el discurso. Sin embargo, Lacan busca alternativas, y de esta búsqueda podría suponerse la posibilidad de una verdad, si bien no accesible, al menos sí en funciones.

Este aspecto podría trazar una equivalencia con el refutacionismo popperiano, que también libera a la verdad del peso de la comprobación objetiva. Popper rechaza el criterio de verdad, que más bien considera pérdida de inicio, aunque no descarta su función para el progreso científico; sería una especie de punto utópico que escapa permanentemente, pero convoca producción teórica: “buscamos la verdad (aun cuando nunca podamos estar seguros de que la hemos hallado) y porque sabemos, o creemos, que las teorías refutadas son falsas, mientras que las no refutadas pueden ser verdaderas” (Popper, 1963, 83)

El matema y lo escrito

Durante el seminario 17 Lacan propone formalizar el discurso mediante matemas. Se trata de una búsqueda de formalización que abarca toda su enseñanza, desde los primeros esquemas, pasando por los grafos y las fórmulas matemáticas o cuasimatemáticas, hasta la topología de nudos. Son intentos de plasmar la justificación de un saber que fuera transmisible.

Los discursos serían una máquina de cuatro lugares y cuatro términos que circulan para dar lugar a las distintas expresiones discursivas según funcionamiento basado en ciertas imposibilidades e impotentes intentos de sutura. Se trata de una maquinaria que incluye no solo la cadena significativa sino su efecto de producción y verdad, consecuencias de una relación imposible entre el agente y el otro. La imposibilidad representativa del significante, que no se significa a sí mismo, provoca un efecto de verdad y la producción de un objeto al que Lacan le asigna la función

de plus de goce en el discurso, es decir, una satisfacción que *no es sin* el discurso, pero que al mismo tiempo funciona como causa del movimiento discursivo, es causa sin ser origen. La misma inaccesibilidad para la verdad que, ubicada en ruptura con la producción, determina el lugar del agente del discurso.

Al año siguiente de presentar los cuatro discursos, Lacan especifica el lugar de la escritura para el psicoanálisis, mencionando que ello tendría relación con el discurso de la ciencia (Lacan, 1971)

El escrito pone en juego la letra como “el único aparato por medio del cual designamos un real...Lo que es real, es lo que hace agujero en ese semblante, en ese semblante articulado que es el discurso científico” (20/01/1971,9) Y allí mismo indica que el discurso científico progresa si su red produce buenos agujeros, en tanto tiene como referencia lo imposible al localizar los límites de consistencia del discurso, sus impases, sus incongruencias.

Como estos puntos de impases, estos límites, no preceden al discurso, es por lo tanto indispensable el despliegue simbólico e imaginario para localizar un real. Por eso Lacan habla del semblante y de un discurso que no sería del semblante, como una especie de inexorable empuje aspiracional que no se logra -aunque lo intente-, sin el semblante.

Preguntábamos al inicio si es posible un estatuto científico para el psicoanálisis luego de la negativización de los conceptos con que se construyó el conocimiento científico positivo. En la década del 60 Lacan busca la manera, no se conforma con la dimensión práctica del psicoanálisis sostenida por la ética.

Y encuentra que podría sostenerse; no como ideal omnipotente de acceso a una verdad universal a la que nos hallaríamos destinados por vaya a saber que facultad de raciocinio, sino por el discurso; porque no es sin su semblante que accedemos a un real, por el camino de la producción científica expresada en la escritura y cuyo vehículo es la letra. En el seminario XVIII Lacan ejemplifica que es por esas letras -fórmula del campo de la gravitación- que el hombre llega a la luna. “Un momento científico se caracteriza por cierto número de coordenadas escritas...-de las que-... Nadie ha llegado todavía a dar un soporte substancial” (Clase 5, 12) No es una idea nueva, en el Seminario IV había presentado la metáfora de la central hidroeléctrica. Ponerse a fantasear –dice- con una época en donde la energía existía libremente es

superstición. Es la máquina, en tanto estructura simbólica, lo que se halla en el principio y no una realidad eternamente presente supuesta como anterior (1964/5, 35). La máquina es este escrito que se hace fórmula y sin él no es posible acceder a la “demansión de la verdad, la morada de la verdad” (Lacan, 1971, clase 4, 12) en tanto que por el escrito se constituye una lógica, es decir, la combinación de lotes alfabéticos -letras- que sustituyen afirmaciones por preposiciones. “Y que es la lógica sino esa paradoja fabulosa que no permite más que el escrito, de tomar a la verdad por referencia (clase 4, 23) que permite interrogar al lenguaje, sin ser, no obstante, metalenguaje (clase 5, 13)

Interrogar el decir por el dicho, dirá dos años después. Señalar el lugar de la verdad sin decir cuál es, porque no se trata de significado sino del sinsentido, que se abre, no obstante, al sentido pues es forzoso “discurrir encima” (Lacan, 1971, clase 5, 23) Una imposibilidad habilitante para la construcción de un saber riguroso, y el psicoanálisis debe aspirar a esa rigurosidad.

Conclusión

Aunque el discurso de la ciencia se sostenga en una lógica que hace necesaria la verificabilidad del consecuente. Lacan, al igual que Popper sostiene que “eso no prueba para nada la verdad de la hipótesis” (10/02/1971, 7). Pero, que la verdad no pueda comprobarse no quiere decir que la ciencia *no muerda lo real*, y lo hace mediante esa producción del discurso que es lo escrito, y el intento de Lacan es producirlo mediante fórmulas lógicas, que una vez escritas se independizan del significado aunque provoquen discurso. Es decir, el recorte de un campo según los parámetros de un agente que aspire a transmitirse a un otro, aunque esa transmisión sea un imposible dado que no puede evitarse la producción de un resto y la emergencia de una verdad a la que nunca se accede por completo.

Imposibilitadas, entonces, las formas positivas del sujeto, del objeto, de la verdad e incluso el conocimiento, solo queda seguir intentando *Aun*, produciendo discurso y lazo social, aunque nos encontremos con la falta en el Otro. Después de todo no es tan distinto para el resto de la ciencia, desde que la verdad se seculariza y no queda, entonces, a cuenta de ningún mortal, ni de la finitud de sus métodos.

Bibliografía

- Freud, S. (1919) ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad? *En Obras Completas*. Amorrortu. Vol. XVII. Buenos Aires, 1992
- Lacan, J. (1949) El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos I*, Siglo XXI. Buenos Aires. 2008
- Lacan, J. (1964/5) El Seminario IV. *La Relación de Objeto*. Paidós. Buenos Aires. 2009
- Lacan, J. (1960). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo. En *Escritos II*, Siglo XXI. Buenos Aires. 2008
- Lacan, J. (1962/3) El Seminario X. *La Angustia*. Paidós. Buenos Aires. 1986
- Lacan, J. (1964) El Seminario XI. *Las Cuatro Conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2008
- Lacan, J. (1965/66) El Seminario XV. El acto analítico. Inédito
- Lacan, J (1969/70) El Seminario XVII. *El Reverso del Psicoanálisis*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2009
- Lacan, J. (1970) Radiofonía. En *Otros Escritos*. Ed. Paidós. Buenos Aires. 2012
- Lacan, J. (1971) El Seminario XVIII. *De un discurso que no sería (del) semblante*. Versión Staferla. Traducción Rodríguez Ponte. Inédito
- Lacan, J. (1972-1973) El Seminario XX. *Aun*. Paidós. Buenos Aires. 2011
- Peirce, S. P (1878) LA DOCTRINA DE LAS POSIBILIDADES. Traducción Carmen Ruiz (2000). En <https://www.unav.es/gep/DoctrineChances.html>
- Popper, K P (1963) Conjeturas y refutaciones. Paidós. Barcelona. 1991
- Reos, F.R (2015) *Lo artesanal, lo terapéutico, aproximación a una analogía*. En VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología – U.B.A